

Apuntaciones sobre el pensamiento de Cadalso

por Rinaldo Froidi (Universidad de Bolonia)

Bien conocidos son de todos los estudiosos del Setecientos español los motivos que, durante mucho, han sido la causa de una lectura no siempre correcta de los textos del siglo XVIII, así como las dificultades con que, todavía hoy, se encuentra el proceso, ya puesto en marcha, de su revisión crítica.

Cadalso, ciertamente, es uno de los autores que ha suscitado más equívocos interpretativos; circunstancia que exige un empeño exegético más profundo por parte de los estudiosos. Estimo que la primera causa de los equívocos a que aludo, ha sido la incapacidad de leer a este autor en el contexto de su realidad histórica. De hecho, a lo más se le ha leído según las perspectivas románticas o hasta del Noventa y ocho; se le ha ancorado rígidamente ya en la tradición española, ya en la cultura europea de su tiempo, y en su interpretación se insinúan sugerencias psicológicas que conducen a presentarse su figura como incierta y contradictoria. Por lo tanto, se hace preciso el esfuerzo de leerlo situándolo en el necesario contexto de su realidad personal y de su época. Es necesario intentar comprender la dialéctica que existe entre su cultura y la del ambiente en que actuó, y esto para entenderlo en su problemática, sin aplicar, ante su interpre-

tación, esquemas preconcebidos o supraestructuras ideológicas desviantes.

Por mi parte, me parece que la personalidad de Cadalso, por cuanto a su pensamiento atañe, es mucho más compleja de lo que habitualmente se ha considerado y que, por lo tanto, reclama un examen libre de prejuicios, que — entre otras cosas — sepa soslayar el peligro de las sugerencias fáciles del autobiografismo. Y es que Cadalso no es Tediato; ni siquiera uno de los correspondientes de las *Cartas marruecas*, aunque por medio de estas invenciones literarias suyas podamos llegar a comprender quién era y cómo pensó.

Antes de nada, será preciso poner de relieve su empeño crítico, más que evidente en los *Eruditos a la violeta* y en las *Cartas marruecas* y que no es extraño al resto de su producción. Pero, sobre todo, conviene que nos centremos en observar primero lo que de modo inmediato le distingue de la tradición que le precede, e incluso de sus contemporáneos, como fundamento de su originalidad, de su modo de ser crítico.

En la base de las operaciones de su pensamiento, no se encuentra preocupación alguna de tipo metafísico o norma teleológica. Así, no creo que se justifique la referencia que algunos comentaristas hacen con respecto al criticismo de Quevedo o de Gracián como antecedentes del de Cadalso, en quien ni siquiera asoma la preocupación religiosa preliminar de declarar la distinción entre la ciencia teológica y la ciencia física, como ocurre en Feijoo. Encontramos en él la voluntad de indagar libremente, más allá de los prejuicios religiosos y políticos¹, con el objetivo de buscar sólo la verdad, basándose en « principios ciertos y evidentes »², comprobables. Cadalso quiere hacer un uso riguroso de la razón, aunque no albergue preocupaciones de sistematicidad racionalista; cree en la propia experiencia, en la capacidad personal de reflexionar, incluso aceptando las sugerencias de esa sensibilidad que, junto a la razón, es parte esencial de la realidad humana.

Tal seriedad de enfoque iba a contrapelo de lo que se practicaba en los ambientes aristocráticos y de la Corte que el coronel Cadalso frecuentaba, cuya vanidad cultural nunca se cansó de satirizar³. A causa de este choque con la sociedad de su tiempo, él era consciente de pertenecer a una minoría muy reducida. De esta circunstancia obtuvo, por una parte, motivo de amargura al constatar la imposibilidad de éxito de sus ideales y, por la otra, de orgullo: la conciencia de la propia superioridad. En uno y otro caso, aparece una dimensión moral como fondo dominante.

Al ser la obra de Cadalso esencialmente crítica, las preocupaciones fundamentalmente éticas son su centro motor; se encuadra, además, en la realidad española de la época. Tal y como él mismo escribía en una carta dirigida a su amigo Tomás de Iriarte en 1777, los españoles o se jactan de una presunta superioridad de su pueblo sobre todos los demás — postura de los ignorantes — o bien, aunque lleguen a detectar los defectos de España e individuar los posibles remedios, prefieren callarse. Son pocos los que se atreven a hablar y, en este caso, se les reduce al silencio. Cadalso condena el mutismo egoísta, más inocente que el otro de quien « se reduce a fabricar su casa con las ruinas de la nación »⁴. A veces siente la tentación de callar también él, pero es evidente que se incluye en el grupo de quienes « sienten, lloran, gimen, el todo, inutilmente; tal vez hablan, y entonces se les hace callar »⁵.

De hecho fue así: sus pocas obras publicadas fueron víctimas de los cortes de la censura⁶, al tiempo que sus obras mejores se publicaron póstumas: las *Cartas marruecas* en gran parte a causa de los obstáculos de la censura, y las *Noches lúgubres* porque el autor mismo las juzgó difícilmente aceptables para el público español.

Cuando estudiamos a Cadalso, siempre hemos de tener presente que escribió con el freno que representa la necesidad de una prudente autocensura. Por lo tanto, sus cartas

privadas a los amigos son particularmente significativas, mucho más libres en su confidencial sinceridad.

Son dos las directrices fundamentales en el desarrollo del pensamiento crítico de Cadalso, orientado por una parte hacia la que podemos definir « crítica del hombre » en sí y en sus contactos con la sociedad; la otra hacia la que Cadalso gusta definir « la crítica de la nación ».

* * *

Por lo que atañe a la crítica que al hombre se refiere, el pensamiento de Cadalso se caracteriza por un evidente aristocraticismo, de naturaleza ética y no ligado a preconceptos de cuna o de educación. El hombre, para él es conciencia moral sobre todo, y convicción de un deber que cumplir. Juzga a su propia época como en decadencia moral, dado que la aristocracia, antes modelo y guía, se entrega — en toda Europa — a una vida en que los falsos valores son la norma. Y la burguesía naciente sigue los pasos de la alta sociedad en lo que de vano tiene. Esta sociedad dominante, mal puede aceptar al hombre que se esfuerza por ser fiel a sí mismo en la busca de valores reales y positivos. Es verdad que él sintiera la tentación de aislarse, con una sonrisa de desprecio a flor de labios, pero al final prevalecerá la voluntad de ser coherente con los propios principios.

La práctica de la filosofía es un deber moral, pues nos empeña en la reflexión, guiados en la búsqueda por el amor a la verdad, exactamente según lo que Cadalso dice, por boca de Gazel en la carta 59 de las *Cartas marruecas* « deseo sólo ser filósofo, y en este ánimo digo que la verdad sola es digna de llenar el tiempo y ocupar la atención »⁷.

Sin embargo no estamos ante una verdad abstracta, sino de preocupación por el hombre, de lo que el hombre necesita para que pueda realizarse como tal. Para Cadalso la filosofía es sobre todo filosofía moral, búsqueda de lo *esencial*

contra lo *aparente*, búsqueda constante del interior contra la ostentación mundana o el mito del éxito fácil. Su sustancia reside en la afirmación del *hombre de bien* y la práctica de la *virtud*.

El 'hombre de bien' de Cadalso es el *honnête homme* de una larga tradición moralista, pero exento de una precisa caracterización social y de toda referencia — en la práctica moral — a una supraestructura metafísico-religiosa. El 'hombre de bien' coincide, por lo tanto, con el filósofo; este es uno de esos « hombres rectos y amantes de las ciencias... que tienen la lengua unísona con el corazón »⁸, es decir: la persona sincera que vive independiente (mas no aislada; por lo tanto no estoica), que emplea la inteligencia en cosas sanas y útiles, que habla con moderación sólo de lo que sabe, y expresa sus ideas cuando las tiene bien claras, aunque todo ello pueda acarrear consecuencias dolorosas, que él, en toda circunstancia, sufrirá con dignidad y honor, tal y como en el *Sancho García* sabe cumplir Alek.

Algo así pasó a Cadalso, pues llegó por medio de las propias experiencias y reflexiones a ciertos principios que se impuso obedecer. Así puede exclamar con su personaje Nuño: « mi interior testimonio ha de acompañarme más allá de la sepultura. Hagan, pues, ellos lo que quieran, yo haré lo que debo »⁹, o bien puede confesar directamente, en una carta de 1772 a su amigo Manuel López Hidalgo, su decidido propósito de ser « más hombre de bien » cuando, cada vez con más insistencia, observa a su alrededor el desprecio por los principios que forman el « sistema del cual por ningún acontecimiento próspero u adverso me apartaré hasta morir »¹⁰.

El respeto a tales normas, aceptadas libremente, constituye la virtud, es decir, la fidelidad al dictamen de la conciencia guiada por la razón y que acaba con coincidir con lo que es útil socialmente¹¹. Está clara la naturaleza eminentemente laica de esta concepción ética que — como veremos

adelante — incluye la consideración de los otros, asimilando el concepto de 'buen hombre' al de 'buen ciudadano y patriota'. Pero también está claro que Cadalso no se mueve en un terreno meramente racionalista. Cuando habla de patriotismo, lo define como uno de los « entusiasmos más nobles » que elevan al hombre¹². Quiere esto decir que, junto a la inteligencia racional, sitúa los sentimientos; la virtud es la expresión del hombre íntegro. Por lo demás, nos hace comprender que prefiere la bondad a la sabiduría, la educación a la instrucción, las dotes morales y civiles a las estrictamente intelectuales o técnicas: « la mayor fortaleza, la más segura, la única invencible es la que consiste en los corazones de los hombres, no en lo alto de los muros ni en lo profundo de los fosos »¹³.

Cuando Cadalso quiere elogiar a Carlos III de Borbón, no hace alusión a su concreto reformismo esencialmente económico, sino que le alaba por el « esplendor de virtud » que sale « desde la inmediación del trono » y por sus disposiciones con las que el soberano « detiene la rienda al vicio »¹⁴.

Es cierto que la moralidad es una meta difícil a la que pocos saben acercarse, pues pocos son los que llegan a ser 'filósofos'.

Sobre la realidad humana, Cadalso se siente profundamente escéptico; no piensa lo mismo sobre la naturaleza 'común madre' que acepta como es, sin pensar en discutirla. El hombre es débil; por su culpa, acaba por ser infeliz y no porque sobre él caiga el pecado original; debe remediar sus males y rechazar el consuelo inherente a la esperanza de una felicidad ultraterrena.

Es el hombre un « animal tímido, sociable, cuitado »¹⁵, tanto más infeliz cuanto menos escuche las razones de la 'naturaleza', la 'común madre'¹⁶ cuya voz queda sin sonido ante el tumulto de otros voceríos. Acaba así el hombre por revestirse de una condición corrompida: « los hombre co-

rrompen todo lo bueno » como pone en boca de Nuño ¹⁷. En otras ocasiones, llama al hombre « infeliz y cuitado animal », « animalito sumamente pequeño, flaco, despreciable y cuitado » ¹⁸. En una carta a Tomás de Iriarte, de 1774, Cadalso ve a los hombres como a « bichillos sumamente despreciables » ¹⁹ y en otra de 1775, dirigida a Meléndez Valdés, vida y hombres los define como miserables ²⁰.

No obstante, esta condición general de infelicidad puede superarse con la filosófica aceptación de la realidad natural y con el reconocimiento del sentimiento de humanidad, que acerca al hombre moral a su semejante y lo eleva al vínculo superior de la amistad. « Hay verdadera amistad en el mundo y la encontrará el que la busque », escribe Cadalso a José Iglesias en una carta de 1775 ²¹. Precisamente por la firmeza de este sentimiento, Cadalso piensa que puede llegar a proclamarse « panegirista del género humano » ²².

Así es que el escepticismo de Cadalso en torno al hombre, se temple por esta su fe en las posibilidades éticas del hombre mismo. De un modo realista, estima que es utopía « pretender que todos los hombres sean filósofos » ²³. Su aristocraticismo moral hace que considere 'vulgo' « aquella gran porción del género humano que no piensa » ²⁴, mientras se ve reforzado en su empeño ético.

Lo que no puede soportar no es ya la absoluta ignorancia del vulgo, sino la vacuidad de los discursos de quienes no saben pensar bien. Por esto condena el optimismo incauto de quienes se creen felices sólo porque creen vivir en una época de presunto progreso, que, por lo demás, atribuyen a mejoras meramente exteriores. Por el contrario, para él la ausencia de valores morales puede llevar a los hombres de la Europa de su tiempo a un punto tal de decadencia, que puede preverse su derrumbe frente al desembarque hipotético de « algunas naciones guerreras y desconocidas en los extremos de Europa, mandadas por unos héroes » ²⁵, donde el concepto de *héroe* se relaciona con una condición de mora-

lidad esencial, no necesariamente ligada a una tradición cultural larga y refinada.

El hombre de Cadalso, en su empeño ético, quiere ser heroico, aunque sea consciente de la dificultad y casi imposibilidad de la empresa.

La sutil melancolía que transcurre por toda su obra, nace precisamente de esta convicción realista y es expresión de su profunda humanidad que le obliga a pensar, a escribir para quienes él considera *hermanos*.

* * *

Por lo que se refiere a la « crítica de la nación », la problemática es la misma, pero proyectada hacia horizontes más vastos; no ya la relación hombre-sociedad, sino el examen de la sociedad en que Cadalso está situado, es decir: la sociedad española en contraste con las de otras naciones.

No alberga Cadalso duda alguna sobre la decadencia de su patria que, según él opina, se había convertido en tiempos de Carlos II en el « esqueleto de un gigante »²⁶. De esta forma se expresa: « desde el siglo XVI hemos perdido los españoles el terreno que algunas otras naciones han adelantado en varias ciencias y artes »²⁷. Por lo tanto es preciso que España, en este campo, se esfuerce en alcanzar el nivel de quien se lleva « siglo y cerca de medio de delantera »²⁸. Fácil la empresa no es, pero posible sí²⁹. No obstante, otro es el verdadero problema para Cadalso: lo mismo que para el hombre, con respecto a las naciones, se inclina a dar importancia preminente a los valores morales frente a los culturales. En este sentido, no cree que su siglo — a pesar de contar con méritos indudables y de poder jactarse de los progresos conseguidos bajo muchos aspectos de la convivencia civil —, pueda considerarse excelente, y en verdad no por los motivos que aduce la superficial legión de sus panegiristas 'a la violeta'.

Prefiere mirar hacia atrás, convencido de que es vano el estudio de las naciones sin penetrar en su historia. Reconoce oportunamente, aun en su pesimista visión general de la realidad humana, que hay momentos que se separan de los otros, y esto porque una colectividad ha sabido manifestarse con base en esa fuerza interior que proviene de una carga moral.

El 'filósofo' Cadalso no acepta de cierta historiografía europea de su tiempo, que él bien conoce, la tendencia a las abstracciones uniformantes, radicalmente racionalistas. Por lo contrario, reconoce la realidad de los procesos individualizantes que han llevado a la constitución de las naciones, entidades dotadas de elementos distintivos peculiares, fundamentalmente éticos, no metafísicos y de allí modificables, pero tan sólidamente constituidos como para ser lenta y difícilmente transformables ³⁰.

Así, en el examen crítico de su nación, por una parte es partícipe del concepto historiográfico madurado por el pensamiento ilustrado europeo que consideró al Renacimiento como el punto de arranque del proceso de retorno a la Razón, y fue buscando en él motivos para luchar contra la degeneración del siglo XVII y para seguir el camino hacia la realización de un nuevo orden; por la otra, esforzándose por penetrar en las características específicas de la realidad española, entrevé en el siglo XVI y más particularmente en la época de los Reyes Católicos, el momento de mayor desarrollo moral y, por lo tanto, civil e incluso político, de su España.

También los 'novatores' de la primera parte del siglo, habían considerado el XVI español como ejemplo a imitar y continuar, según una línea nunca interrumpida del todo, ni siquiera en el transcurso del siglo XVII; pero sus preocupaciones fueron, prevalentemente, de tipo erudito-cultural y sus directivas ideológicas claramente católicas. Cadalso está más cerca de las posiciones que, dentro de pocos años, habrían de ser de Sempere y Guarinos ³¹.

Le interesa a él reconocer una superioridad esencialmente ética de aquella afortunada época para España, con el consiguiente relieve civil y político. La pérdida de estos valores generó la decadencia del siglo sucesivo, que Cadalso analiza con causas y consecuencias.

El hecho de saber leer en la propia historia es un acto de la inteligencia al tiempo que manifestación primaria de debido patriotismo, aunque defícil en un país que es la « patria menos patriota del mundo »³², si bien necesario para completar al hombre bajo el aspecto del 'buen ciudadano'³³. El verdadero filósofo adquirirá la dimensión de héroe, es decir será 'hombre de bien' respecto a los deberes civiles y políticos; podrá aceptar para el bien común incluso ciertas creencias religiosas que el rigor de la razón rechaza³⁴, podrá aceptar como positivo el culto a la 'fama póstuma'³⁵ e incluso podrá tolerar el lujo, moralmente condenado, si es útil al Estado³⁶.

Este culto a la patria, estrechamente ligado al ideal del *hombre de bien*, tiene raíces más ilustradas (y fuertemente innovadoras) que no erasmistas y cervantinas (con tendencias prevalentemente renovadoras) como parece creer Abellán³⁷, según el cual Cadalso quiere encontrar la solución al problema español en la « inserción de los valores europeos en la gran tradición española del siglo XVI »³⁸. Ni siquiera puedo estar de acuerdo con Hughes que se apoya en Américo Castro para interpretar el interés y la referencia de Cadalso hacia el siglo XVI como 'mesianismo regresivo'³⁹. El recurrir de Cadalso a la edad de los Reyes Católicos no nos parece repetición del culto tradicionalista y conservador; se trata sólo de la aceptación de un momento, elegido por el influjo de razones históricas motivadas, como punto de partida para poder crecer con coherencia en el futuro y esto corresponde a algo típicamente ilustrado: la historia es un instrumento de formación de los hombres y se considera el pasado no por amor del mismo sino en función del presente y del porvenir. Pri-

mero, pues, la reconquistada conciencia moral (el progreso debe ser esencialmente moral); el esfuerzo de renovarse después, teniendo en cuenta el 'carácter nacional', que no es una realidad metafísica, sino un patrimonio histórico ineludible y precioso, vivo en la más grande realidad reconocida de las naciones, formadas por diversos hombre, hermanos entre sí ⁴⁰.

La necesidad del empeño innivador y la extrema dificultad de tal empresa, son dos premisas que Cadalso concibe a la par. Su adhesión a la realidad se le ha trocado, por parte de unos críticos, en una expresión de 'angustiada vivencia' o peor, como signo de 'inseguridad personal'. El esfuerzo que hizo él por penetrar con su razón en el interior de los diversos elementos que a la misma razón se oponían, se ha interpretado erróneamente como contradicción del hombre.

Pero no se engañaron los contemporáneos de Cadalso, los amigos que le frecuentaron y que colaboraron con él en la generosa empresa de una renovación, luego frustrada por las circunstancias. Así Tomás de Iriarte, José Iglesias, y Meléndez Valdés, por mencionar sólo a los más íntimos.

Sempere y Guarinos, aún sin conocer sus obras más importantes, le elogió « el juicioso modo de pensar y el espíritu de humanidad y de patriotismo » ⁴¹ y señaló al escritor de Cádiz como ejemplo de los progresos que la « razón y la filosofía » habían realizado en España ⁴².

Por nuestra parte, tratando de ceñirnos a la realidad histórica, hemos intentado reconocer en los textos de Cadalso, la línea fundamental de su pensamiento, dominado y guiado por una superior exigencia moral, verdadero eje de su espíritu crítico, con el fin de restituirlo — libre de las muchas y desviantes interpretaciones acumuladas durante un largo e incierto camino de la crítica — a su unitaria coherencia.

¹ Pueden observarse sus amargas consideraciones sobre la posibilidad de respetar la verdad en escribir la historia: «En el tiempo del evento ¿qué pluma se encargará de ello, sin que la detenga la razón de estado, o alguna preocupación?» (*Cartas Marruecas*, ed. J. Arce, Madrid, 1978, p. 218. De aquí en adelante citaremos siempre esta ed. que comprende también las *Noches lúgubres*). No obstante, existe la posibilidad de que «algún hombre lleno de crítica, imparcialidad y juicio» pueda escribir la historia; un ejemplo es el extracto de la historia de España, imaginado como escrito por Nuño (c. III de las *C.M.*, pp. 86-89). Recuérdese también la síntesis contenida en J. Cadalso, *Defensa de la nación española contra la carta persiana LXXVIII de Montesquieu*, ed. Guy Mercadier, Toulouse, 1970, pp. 6-11.

² J. Cadalso, *C.M.*, c. XXXII, p. 163. Lo enunciado quiere claramente contraponerse al método escolástico.

³ *Los eruditos a la violeta*, obra que Cadalso publicó en 1772, constituye una sátira de la falsa cultura. Véanse también, contra las vanas tertulias y las superficiales disputas literarias que perniciosamente ocupan el lugar de la búsqueda de la verdad, *C.M.*, XXIII, pp. 144-145 y c. LXXIV, pp. 259-260.

⁴ *Carta a Tomás de Iriarte, probablemente desde Montijo en el mes de febrero o marzo de 1777* en J. Cadalso, *Escritos autobiográficos y Epistolario*, ed. N. Glendinning-N. Harrison, London, 1979, p. 121.

⁵ *Ibidem*. Como ejemplo de la aspiración de Cadalso a la quietud, véase la *Carta a Tomás de Iriarte escrita desde Talavera la Real* (probablemente de 1775) en J. Cadalso, *Escritos...*, cit., p. 117. Pero contra esta aspiración se impone la exigencia de escribir como 'hombre de bien', es decir con respeto a la sugerencia ética de la participación social. En la *Introducción* a las *C.M.* (p. 82) el autor justifica claramente su decisión de «dar a luz un papel» porque «le ha parecido muy imparcial» aunque sepa que no le gustará a los opuestos bandos de los «rancieros» o de los hombres a la moda «que se avergüenzan de haber nacido de este lado de los Pirineos» y le procurará disgustos y enemistades. Hay, en fin, la c. LXX que Cadalso dedica toda a hacer la crítica de la vida apartada, para exaltar por el contrario, al 'buen hombre' que al mismo tiempo es 'buen ciudadano': «el ser buen ciudadano es una verdadera obligación de las que contrae el hombre al entrar en la república, si quiere que ésta le estime, y aun más si quiere que no le mire como a extraño» (p. 256).

⁶ Véase la comparación que Glendinning hace entre el ms. de la tragedia *Sancho García* (conservado en la Biblioteca Municipal de Madrid) y las ediciones impresas (Nigel Glendinning, *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, 1962, p. 53 y nota 9, p. 184) y véanse también los ejemplos de cambio motivados por intervención o temor a la censura aportados por Arce, *op. cit.*, *C.M.*, p. 89, n. 3; p. 200, n. 2; pp. 286-288 y *N.L.*, p. 325, n. 33; p. 347, n. 66

⁷ J. Cadalso, *C.M.*, c. LIX, p. 220.

⁸ *Ibidem*, c. VI, p. 99. Es oportuna la observación de Sebold que acerca el concepto de 'hombre de bien' que tiene Cadalso al de 'honnête homme' como lo concibieron los ilustrados, sobre todo Diderot y Rousseau (Russel P. Sebold, *Colonel Don José Cadalso*, New York, 1971, pp. 119-121; de este libro hay traducción española, Madrid, 1974 con el título *Cadalso: el primer romántico 'europeo' de España*).

⁹ J. Cadalso, *C.M.*, c. LXV, p. 234.

¹⁰ *Carta a don Manuel López Hidalgo... escrita desde Madrid, en diciembre de 1772*, en J. Cadalso, *Escritos...*, cit., p. 66.

¹¹ Sobre este concepto de virtud y su posibilidad de benéficos influjos en el género humano, véase sobre todo: J. Cadalso, *C.M.*, c. XXVIII, pp. 155-158.

¹² J. Cadalso, *C.M.*, c. LXX, p. 256.

¹³ *Ibidem*, c. IV, p. 93.

¹⁴ *Ibidem*, c. X, p. 122.

¹⁵ *Ibidem*, c. XL, p. 180.

¹⁶ *Ibidem*, *Introducción*, p. 79.

¹⁷ *Ibidem*, c. LXXX, p. 279. Consúltese también la c. XLIV, p. 189 en la que al hombre se le define como quien « sabe viciar hasta las virtudes mismas ».

¹⁸ J. Cadalso, *C.M.*, c. LXXXIV, p. 289 y *Escritos*, cit., p. 114.

¹⁹ *Carta a Tomás de Iriarte* (probablemente de 1774) en J. Cadalso, *Escritos...*, cit., p. 95.

²⁰ *Carta a Juan Meléndez Valdés, escrita en latín desde Montijo* (probablemente de 1775), en J. Cadalso, *Escritos...*, cit., p. 108: « Quid enim nisi amicitiam probis viris dare potuerunt boni Divi, ut humanae vitae miserandam sortem aliquo ferre modo valeamus?... « nihil, nihil profecto, miseris hominibus solatium praebet, nisi amicitia ».

²¹ *Carta a José de Iglesias, escrita probablemente desde Montijo en marzo de 1775* en J. Cadalso, *Escritos...*, cit., p. 100.

²² *Ibidem*.

²³ J. Cadalso, *C.M.*, c. LXXXIV, p. 289.

²⁴ *Carta a Juan Meléndez Valdés, escrita desde Montijo en abril o marzo de 1775* en J. Cadalso, *Escritos...*, cit., p. 102.

²⁵ J. Cadalso, *C.M.*, c. IV, pp. 92-93.

²⁶ *Ibidem*, c. III, p. 89.

²⁷ *Ibidem*, c. XXXIV, p. 166.

²⁸ *Ibidem*, c. LXXVIII, p. 274.

²⁹ En la carta apenas citada, la conclusión es muy significativa: « Cuéntese por nada lo dicho, y pongamos la fecha desde hoy, suponiendo que la península se hundió a mediados del siglo XVI y ha vuelto a salir de la mar a últimos del XVIII ».

³⁰ Sobre la formación del concepto y de la conciencia de *nación* en la cultura española de fines del siglo XVIII véase: J. A. Maravall, *El pensamiento político de Cadalso en Mélanges a la mémoire de Jean Sarrailh*, Paris, 1966, II, pp. 81-96.

³¹ De Sempere y Guarinos consúltese el *Discurso sobre el gusto actual de los españoles en la literatura*, apéndice a las *Reflexiones sobre el Buen Gusto en la ciencia y en las artes* de L.A. Muratori, Madrid, 1782, pp. 196-291. La primera parte de este discurso practicamente constituirá la Introducción del más conocido *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, 1785, I, pp. 1-18 (hay ed. facs., Madrid, 1969).

³² *Carta a José Iglesias, escrita desde Montijo, probablemente en el mes de junio de 1775* en J. Cadalso, *Escritos...*, cit., p. 115. Sobre el tema del patriotismo léase también lo que Cadalso escribe en la *Protesta literaria* que se encuentra al final de las *Cartas marruecas*, sobre su intención de escribir una obra titulada *Los elementos del patriotismo* (p. 304), así como son significativos los proyectos de composición de una *Historia heroica de España* (*C.M.*, c. XVI, pp. 131-133) y de un *Diccionario castellano*

para restablecer «el sentido primitivo, genuino y real de cada voz, y el abuso que de ella se ha hecho, o sea, su sentido abusivo en el trato civil». Otra vez un intento claramente didáctico-moral para fijar «un nuevo sistema de educación pública» (C.M., c. VIII, p. 110).

³³ J. Cadalso, C.M., c. LXX, especialmente la conclusión (p. 256).

³⁴ Obsérvese la postura de Cadalso ante el culto de Santiago en España y sus apariciones en los campos de batalla (C.M., c. LXXXVII), no aceptadas como auténticas pero toleradas como una de las cosas que el pueblo «cree buenamente, y de cuya creencia resultan efectos útiles al Estado» (p. 294).

³⁵ J. Cadalso, C.M., c. XXVIII, p. 155 y c. LXXXIV, p. 289.

³⁶ *Ibidem*, c. XLI, pp. 181-186. Todo esto hondamente fundado en la convicción de que el verdadero saber es «hacerse los hombres más sociables, comunicándose mutuamente las producciones de sus entendimientos y unirse... a pesar de los mares y distancias» (J. Cadalso, *Los eruditos a la violeta*, 1ª lección, Barcelona, Viuda Piferrer, 1786, p. 7).

³⁷ José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español. 3. Del Barroco a la Ilustración*, Madrid, 1981, p. 797.

³⁸ John B. Hughes, *José Cadalso y las Cartas marruecas*, Madrid, 1969. En la pág. 46 de este ensayo afirma Hughes: «Cadalso... quiere volver a lo que él considera el verdadero carácter nacional... en esto «se nota lo que Américo Castro ha llamado su 'mesianismo regresivo'». La cita exacta del texto de Castro (*España en su Historia*, ed. Buenos Aires, 1948, p. 278 (que el mismo Hughes reproduce) es: «Pretendía Cadalso hacer andar para atrás el reloj de la historia, combinando el mesianismo regresivo de los españoles con el abstracto intelectualismo del siglo XVIII», donde, en todo caso, el 'mesianismo regresivo' esté configurado más bien como una general tendencia de los españoles, no como específica de Cadalso. Hay que notar también que esta observación de Castro no aparece en las sucesivas ediciones de su obra.

⁴⁰ Se considere lo que Cadalso escribe en la tercera de las C.M. (p. 86) al hablar de Nuño, que en este caso sin duda le representa: «aunque ama y estima a su patria, por juzgarla dignísima de todo cariño y aprecio, tiene por cosa muy accidental el haber nacido en esta parte del globo o en sus antípodas, o en otra cualquiera». También se tome en consideración lo que atribuye a Nuño en la LXXX de las C.M. (p. 276), quien trata a los amigos y los quiere «como paisanos suyos, pues tales le parecen todos los hombres de bien del mundo, siendo para con ellos un verdadero cosmopolita, o sea ciudadano universal». No puedo concordar con lo que afirma Sebold: «Cadalso's nationalist sentimentalism has won out over his cosmopolitan intellectualism» (Russel P. Sebold, *Colonel Don José Cadalso*, New York, 1971, p. 137), por parecerme inexistente en Cadalso una dicotomía entre sentimiento e intelecto. Cadalso, según una clara perspectiva ilustrada, busca continuamente el equilibrio entre razón y sensibilidad, y su nacionalismo (o mejor dicho patriotismo) tiene al mismo tiempo orígenes intelectuales y sentimentales. Este es uno de los motivos que no permite que se le asimile a los románticos. El pensamiento de Cadalso no sale de la dimensión cultural de su tiempo: lo que se ha venido llamando su prerromanticismo o romanticismo, encuentra fácil explicación dentro de una correcta visión crítica de la compleja problemática ideológica de la Ilustración.

⁴¹ Juan Sempere y Guarinos, *Ensayo... cit.*, II, p. 33.

⁴² *Ibidem*.